

«MIRTILO GADITANO»: DEL LIBERALISMO  
AL ECLECTICISMO. UN ESTUDIO A TRAVÉS  
DE SUS *LEYENDAS ESPAÑOLAS*

por

PIEDAD BOLAÑOS DONOSO

«Nave senza mocchiero in gran tempesta,  
Non donna di provincie, ma bordello» (DANTE)

(«Don Opas», III)

I

Grave sentencia se desprende de estas palabras dantescas que, al igual que fueron elegidas por José Joaquín de Mora para condensar esa situación embarazosa en la que se encontró España ante la invasión árabe, han sido puestas al inicio de este estudio por expresar, justamente, el estado de ánimo de un gran poeta español,<sup>1</sup> que, en momentos de tempestad política, de transición y transacción —como diría Larra— tuvo que emigrar por no encontrar ese «timonel» que guiara la 'especial' nave de su vida.

---

1 Sin embargo, no se puede concebir que no haya tenido un puesto, como tal, en el manual de literatura española de J. L. Alborg: *Historia de la literatura española*, tomo IV, «El romanticismo», Madrid, Gredos, 1980. Tampoco existe un estudio de conjunto de su obra literaria, ya que, hasta ahora, ha sido visto como el político o el desertor de su pueblo. Si leemos las palabras que le dedica E. Allison Peers en su clásico estudio sobre la *Historia del movimiento romántico español*, podremos comprender esa escasez de estudios sobre el escritor y, por consiguiente, su desconocimiento. Dice así: «Mora tiene poca imaginación, menos sentido aún de lo pintoresco y ningún acierto en la elección de asunto. Además, su estilo, siempre florido y a menudo prosaico, tiene más cosas en común con el S. XVIII que con el S. XIX, y su pasión por los epítetos es poco menos que risible», tomo II, Madrid, Gredos, 1954, págs. 367-368.

Ya hace algunos años que advirtió Luis Monguió que «Mora, como Juno, mira en dos direcciones: una la del gusto clásico, profundamente enraizado en él; otra, la del gusto que va abriéndose camino en sus propios días»<sup>2</sup> y que de tal amalgama de situaciones confusas, incluso contradictorias, nos deja buen ejemplo en sus propias concepciones literarias que, sin entrar en la polémica sostenida con Böhl de Faber, bajo el seudónimo de «Mirtilo Gaditano»<sup>3</sup> por ser de todos conocida, creo que sería de sumo interés recordar en estos momentos ciertas ideas expuestas, más o menos por los mismos años en los que sostuvo la polémica, para compararlas y/o contrastarlas con las que se encuentran en las *Leyendas Españolas*,<sup>4</sup> objetivo de este trabajo y que sin ellas se correría el riesgo de no valorar debidamente esta creación literaria, ni la finalidad —según mi parecer— con la que nacieron de la pluma de nuestro autor.

En 1813, estando Mora prisionero en Francia, envió a doña Francisca Larrea —esposa de Böhl de Faber— unos romances suyos acompañados de una carta, de la que destaco estas frases:

«...he procurador imitar el estilo de los antiguos romances españoles [...] [En los romanceros] se encuentran pensamientos filosóficos y meditaciones encumbradas, expuestas en el lenguaje más sencillo y natural. Allí se ve lo que es el influjo de la naturaleza en los primeros ensayos poéticos de los pueblos...».<sup>5</sup>

O, estas otras, escritas en una posterior epístola, en donde manifiesta el gran entusiasmo por Shakespeare:

«... lo creo el más hermoso genio que jamás ha existido [...]. No tuvo otra regla que la inspiración, creó otra naturaleza, pe-

2 Monguió, Luis: *Don José Joaquín de Mora y el Perú del ochocientos*. University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1967, pág. 80.

3 Vid. Navas Ruiz, Ricardo: *El romanticismo español. Documentos*, Salamanca, Anaya, 1971, cap. I, págs. 15-32, especialmente.

4 *Leyendas Española*, por..., Londres, C. y H. senior, 49, Pall Mall, 1840. Al fin: [Juan Wertheimer y C<sup>ta</sup>, XIV págs. + 1 h. + 470 págs.]. De ahora en adelante, siempre que se cite las *Leyendas*., debe entenderse que me refiero a esta edición. Respeto ortografía y actualizo acentuación.

5 C. Pitoulet: *La querelle caldéronienne de Johan Nikolas Böhl von Faber et José Joaquín de Mora, reconstituée d'après les documents originaux*. Paris, 1909, pág. 79.

netró [en] la humana como si se hubiera hallado en su creación y nadie ha sabido encerrar en un verso una serie de ideas que dan materia para meditar horas enteras». <sup>6</sup>

Pocos años más tarde José Joaquín de Mora piensa de otra forma. Esta nueva concepción literaria se desprende de las palabras introductorias que dedica «Al lector» en las *Leyendas*. Habla «... de la humilde trivialidad del romance...» y dice:

«Nuestros antiguos romances forman, en efecto, el cuerpo de poesía popular más perfecto, más característico y más interesante de cuantos poseen las naciones de Europa. Pero en esos límites se encierra su mérito, y de ello se infiere que el siglo presente, cuando las necesidades intelectuales son tan diferentes de las que existían en los tiempos de los romanceros, debemos rebajarnos al nivel de que ellos no podían salir, ni privarnos de los recursos que las vicisitudes de los siglos han puesto a nuestra disposición, y de que ellos no podían hacer uso...». <sup>7</sup>

Y estas otras sobre «el más hermoso genio que jamás ha existido» —según palabras textuales ya pronunciadas sobre Shakespeare:

«Nadie me hará creer que Shakespeare es un bárbaro, y Calderón un extravagante; ni tampoco podrá persuadirme que fueron dos genios de primer orden, por la única y exclusiva razón de no haberse sometido a ciertas reglas, y de no haber adoptado cierto jénero de imágenes y metáforas que son, en entender de ciertos hombres, condiciones necesarias y límites positivos de la excelencia literaria, y trabas mezquinas y absurdas, en opinión de otros que batallan en files opuestas...». <sup>8</sup>

Ciertas matizaciones se han podido observar entre unas declaraciones y las otras. Es probable que las amistades y el propio paso del tiempo hicieran madurar el 'ímpetu' del hombre joven y romántico. Amistad como la mantenida con Blanco White y del

---

6 *Ibidem*, pág. 80.

7 Mora, J. Joaquín de: *Leyendas...*, op. cit., págs. V-VI.

8 *Ibidem*, págs. XII-XIII.

que recibió, por los años de 1824, palabras tan persuasivas como: «los poetas españoles hablen en persona propia y dejen el cayado y el pellico»,<sup>9</sup> dejarán su influencia en Mora. Así, parece estar recogida esta incitación en las primeras páginas de las *Leyendas*:

«Hágame el lector la justicia de reconocer que, por defectuosas que sean las composiciones sometidas en este volumen a su juicio, a lo menos no hai en ellas la menor traza de aquel achaque [la afectación], tan común en nuestro siglo. Ni alego como un gran mérito la circunstancia de haberme preservado de su influjo: porque, en realidad, no concibo el placer que resulta de violentar las propensiones individuales, ni de forzar al entendimiento a caminar por una senda trazada de antemano, sea o no sea la que seguiría, abandonado a su propia inclinación, y movido por los impulsos naturales. Malas o buenas, estas *Leyendas* han sido escritas con independencia de todo espíritu de escuela y de facción [...] sino las que le han parecido emanadas del sentido común y del buen gusto. En una palabra, no desea que las *Leyendas* sean juzgadas como clásicas ni como románticas, sino como suyas».<sup>10</sup>

Esta última concepción, a pesar de lo que dice y como es sabido, pertenece a una ideología plenamente romántica pues ellos defendían que cada genio tiene sus peculiaridades e inimitables formas de expresión.

Pero no seamos excesivamente ingenuos al pensar y creer que Blanco, o cualquier otro compañero exiliado fueran los únicos que guiaran un alma tan contradictoria como la de José Joaquín de Mora. El tener que abandonar un país por otro constantemente<sup>11</sup>

<sup>9</sup> *Varietades*, I, pág. 342.

<sup>10</sup> Mora, J. Joaquín de: *Leyendas...*, op. cit., págs. XIII-XIV.

<sup>11</sup> «En la guerra contra Napoleón fue hecho prisionero e internado en Francia hasta el final de la lucha. De regreso a España se radicó en Madrid donde ejerció su profesión de abogado y se dedicó al periodismo. En 1823, con otros liberales, emigró a Londres al restaurar Fernando VII el régimen absolutista [...]. Allí le conoció Bernardino Rivadavia, quien, al llegar poco después a la presidencia de las Provincias unidas del Río de la Plata, le llamó a Buenos Aires...», en: *De la situación actual de las Repúblicas de Sud-América*, por J. Joaquín de Mora, en «Revista Histórica». Montevideo, agosto 1963, año LVII, tomo XXXIV, núms. 101-102, págs. 556-572. [Palabras recogidas de la 'Introducción' hecha por la Dirección del periódico]. A partir de su llegada a Buenos Aires en Febrero de 1827, marcha a distintos países: el 1 de diciembre de 1827, a Santiago de Chile; el 13 de marzo de 1831, a Perú; el 21 de octubre de 1834, a Bolivia; y el 26 de marzo de 1838,

en busca de poder plasmar unos ideales políticos, que no pudo expresar en su país y que en la mayoría de las ocasiones tampoco verá triunfar en estos países sudamericanos,<sup>12</sup> le dejará esa huella que se ha venido llamando «el desengaño romántico-liberal»,<sup>13</sup> pero a la que podríamos calificar como «angustia vital», tremendamente necesitado de plasmarla en una expresión literaria capaz de compensar a un hombre intelectual. En nuestro caso José Joaquín de Mora producirá estas *Leyendas Españolas*, que tendremos que examinar bajo este prisma para poder, después, llegar a un enjuiciamiento literario.

El poeta ha elegido el *medioevo* para enmarcar la mayoría de sus personajes y lanzar desde allá su crítica. Desde hacía años, como hombre hijo de su época, se había preocupado y había confesado su predilección y concepción de la 'poesía medieval',<sup>14</sup> además de ver con claridad esas dos maneras de examinar la historia poética de cada pueblo, de edades remotas o, como dice en verso «de época añeja y por demás oscura». <sup>15</sup> Esas dos formas de entender la poesía vienen a ser: una la del filólogo, la del erudito atento

---

a Inglaterra, donde permanece con carácter de Cónsul General y Agente Financiero de la Confederación Perú-Boliviana. Luego pasó a París, retornando, finalmente, a Madrid en 1843, donde fue nombrado miembro de la Academia Española. Muere en Madrid el 3 de octubre de 1864.

12 Por ejemplo, es sabido su participación en la redacción de la Constitución de Chile, 1828 y lo que escribe en la leyenda «Zafadola», ejemplo claro de esa desilusión liberal en su grado máximo:

«Una Constitución es un folleto.  
No es más, si no me saca de un aprieto.  
Y si me pone en otros, y si amarga  
Mi misera existencia, y si la carga  
Que llevo a cuestras dobla, y si perturba  
La dicha de mi hogar, y si a la turba  
Sucia, ignorante, descarada y ciega,  
Mi honor, mi dicha y mi ventura entrega,  
Y una nación entera jime y llora,  
No es folleto: es la casa de Pandora».

(vv. 695-704).

13 Llorens, Vicente: *Liberales y románticos*, Madrid, Castalia, 1979, pág. 422.

14 Vid. *The European Review*, septiembre de 1824, I, págs. 531-541.

15 Mora, J. Joaquín de: *Leyendas...*, «Don Opas», I, III, v. 2., op. cit., pág. 337. Última de las leyendas que comprende este libro —y la más conocida—, narra la entrada de los árabes en España tras la traición que Don Julián y Don Opas hacen a Rodrigo. Son muchas las digresiones que encierra, por lo que se alarga excesivamente la narración. Dividida en cuatro partes y escrita en octavas reales, presenta un total de 3.864 vv.

a las coincidencias cronológicas de hechos y composiciones; la otra es la del hombre que conecta la poesía con el desarrollo de unos acontecimientos políticos. Sus palabras vienen a ser las siguientes:

«Who trusts more to his sensations than his knowledge, who seeks in poetry only the poetic spirit, and who connect this spirit with the manners and character of the nations among whom it is developed»,<sup>16</sup>

y que dicho de forma poética venía a ser:

«Menos que erudición, será el instinto  
Quien guiara mi mano en la pintura»

(«Don Opas», I, III, vv. 3-4)

Y ese instinto será el que guíe a todos sus personajes cuando piensan, hablan, actúan o se mueven; incluso se puede llegar más allá: conoceremos al HOMBRE-autor a través de estos versos, ya que así él mismo nos lo confiesa:

«Y quiero que en mi rima, aunque indiscreta  
Conozcas más al hombre que al poeta»

(«Una madre»: 'La separación' X).<sup>17</sup>

Este será nuestro principal objetivo, porque si bien las *Leyendas* pueden analizarse desde el campo estilístico-filológico —como el propio Mora había anunciado—, sólo tocaré este aspecto muy

<sup>16</sup> *The European Review*, cit.

<sup>17</sup> Leyenda que ocupa el número 3 de este libro. Escrita en octavas reales; dividida en cuatro partes tituladas respectivamente: 'El prófugo'; 'El alcázar'; 'La separación'; y 'El jardín', con un total de 720 versos. Un breve resumen del argumento podría ser: Una mujer, cristiana, viuda, socorre en su casa a un hombre, sin interesarse por su identidad. Al día siguiente ya no está en su casa el huésped. Ese día se entera que el rey moro piensa ejecutar a Gil Valpuesta, su hijo, pero gracias a la intervención de la madre y la generosidad del rey, que era el hombre al que socorrió, consigue liberarlo. Las dos últimas partes recogen cómo había llegado Valpuesta a manos del moro y quién era este personaje cristiano.

someramente y porque lo necesitamos para el otro enfoque, ya que se ha puesto el énfasis en el presente estudio en el aspecto que hace referencia al hombre en relación con su historia, es decir, en esa segunda forma de examinar una obra literaria, según Mora.

No obstante, parece que el autor quiere presentar algunas innovaciones dentro del primer campo a la hora de componer esta obra y se lo explica a Blanco Encalada a través de una epístola de la que entresaco algunas frases:

«Me he echado en brazos de la poesía con el ánimo de introducir entre mis compatriotas un pequeño cisma contra los quintanistas y melendiztas y sus anacreónticas y odas epilépticas, tratando de vencer algunas dificultades y de aventurar algunas innovaciones». <sup>18</sup>

Pero estas innovaciones llegan un tanto con retraso a España que estaba en fase de superación del mismo romanticismo —en el que habría de encuadrarse las *Leyendas*.

Comprenden estas *Leyendas* un total de veinte narraciones. Este género literario alcanza en España su apogeo en el período que nuestro autor vivió en tierra americana. Nace con la finalidad de revalorizar el pasado y la literatura popular. «No es extraño —dice Rubén Benítez— que en España el género se asocie desde temprano con el romance por un lado y con las técnicas de la reconstrucción arqueológica al modo de Walter Scott por el otro». <sup>19</sup>

Esta asociación del género con el 'romance', por lo que respecta a nuestro autor, no será del todo cierta, como ya hemos comentado, tratando de superarlo con las nuevas técnicas que ofrecen los tiempos modernos. Acepta, como veremos, la temática principal del romancero.

Por otra parte, no nos debe de extrañar que José Joaquín de Mora siga muy de cerca esa 'reconstrucción arqueológica' de Sir W. Scott, ya que en 1825 aparece la primera traducción española

---

<sup>18</sup> Amunategui, Miguel Luis: *Don José Joaquín de Mora. Apuntes biográficos*, Santiago de Chile, 1888, pág. 311.

<sup>19</sup> Bécquer, G. A.: *Leyendas, apólogos y otros relatos*. Int., ed. y notas de Rubén Benítez, Madrid, Ed. Labor, 1974, pág. 22.

completa de *Ivanhoe* y *El Talismán*, a cargo de Mora,<sup>20</sup> que, desde Londres, y por el mismo editor de sus *Leyendas*, dirigirá, principalmente, a los países sud-americanos para que

«[...] además de deleitar la imaginación, como hacen todas las ficciones literarias [...] [produzcan] una utilidad real, cual es la de facilitar la inteligencia de la historia, familiarizándonos con las ideas dominantes...».<sup>21</sup>

Se pretende que estas nuevas naciones aprendan en las novelas de W. Scott esa lección que encierra la 'antigua' Europa y aprecien las reglas eternas del orden, que conllevan el bienestar social. Sus obras son portadoras del importante dogma de la fraternidad humana:

«Amigo de los humildes y admirado de los grandes, ha sido ingenio único para servir de intérprete a unos y a otros, para echar un punto de comunicación entre clases que se destruían haciéndose la guerra, y que deben conservarse por medio de provechosa alianza. Merced a sus esfuerzos establecióse una correspondencia imprevista entre lo pasado y lo presente, la aristocracia y el pueblo, la monarquía y la república, el mundo real y el fantástico».<sup>22</sup>

La revalorización del pasado —al que hay que imitar en lo que encierra de positivo y no en lo negativo— se hará a través de la Historia Medieval, época en la que están ambientadas dieciocho leyendas de las veinté que comprende el libro<sup>23</sup> y de las

20 Vid. Zavala, Iris M.: *Ideología y política en la novela española del S. XIX*. Madrid, Anaya, 1971, págs. 27-28. Sobre *El talismán*, dice Montesinos, que será; subtitulada, en la edición de Barcelona, Bergnes, 1838, «cuento del tiempo de las cruzadas». (J. F. Montesinos: *Introducción a una historia de la novela en España en el S. XIX*, Madrid, Castalia, 1980, pág. 140).

21 Zavala, Iris M.: *Ideología...*, op. cit., pág. 28.

22 Palabras recogidas del periódico «El vapor», Barcelona, 9-XI-1833, por un articulista anónimo. [Se piensa en el editor López Soler].

23 No están enmarcadas; en la época medieval: «La Florida», ambientada en el reinado de Felipe II, cuando la 'Invencible' fue derrotada por la armada inglesa. Uno de los barcos de nuestra flota se llamaba *La Florida*, capitaneado por Gil' de Oñate, que tras la derrota, llega a la deriva a las costas de la isla de Mull (Escocia). Allí tiene lugar una hermosa historia de amor entre el jefe de la tribu y la hija de don Gil, al que pone fin la esposa de aquél (Maclean), haciendo hundir el barco español con toda la tripulación. Está escrita la leyenda en 72 octavas reales



que se espera que el 'lector' retenga el buen mensaje, descartando lo negativo, aunque para ello hay que conocerlo también. En «Don Opas» (I), decía Mora: «Conózcalos el hombre, y los deteste», mensaje nada novedoso para la historia literaria, ya que, se puede hablar de tópico literario. Bien podemos recordar cómo lo decía Fernando de Rojas al concluir su *Celestina*:

«No dudes ni ayas vergüença, lector,  
narrar lo lascivo, que aquí se te muestra;  
que siendo discreto verás ques la muestra  
por donde se vende la honesta lavor.

.....

Y assí, no me juzgues por esso liviano,  
más ante zeloso del limpio bivir,  
zeloso de amar, temer y servir  
al alto Señor y Dios Soberano.  
Por ende, si vieres turvado mi mano,  
turvias con claras mezclando razones,  
dexa las burlas, ques paja y grançones,  
sacando muy limpio dentrellas el grano».<sup>24</sup>

Y si Rojas habla de «paja y grançones» para esas burlas, en Mora encontramos también esos elementos desenfadados, esa ironía proveniente de Byron y que podemos calificar como de «desmitificación medieval». Nuestros personajes dejan de ser héroes para convertirse en hombres y mujeres de carne y hueso, reaccionando ante los acontecimientos como hubiéramos reaccionado uno cualquiera de nosotros. Así, Alfonso XI, célebre por sus delitos y faltas conyugales, una vez conseguida la nulidad de matrimonio con doña Blanca, consigue casarse con doña Juana de Castro. Pero una vez satisfecho su capricho, a los pocos días de la boda le dice:

---

que hacen un total de 576 vv. La otra leyenda no medieval es «Don Policarpo», personaje fruto de la imaginación del poeta que encarna la polémica entre lo 'antiguo' y lo 'moderno'. Escrita en 54 octavas reales, vienen a ser 432 vv. Pudiera haber sido escrita al unisono con el 'Prólogo' de esta *Leyenda*, ya que se muestra incrédulo, escéptico, ante una u otra postura.

<sup>24</sup> Rojas, Fernando de: *La Celestina*, Introducción de Juan Alcina; ed. y notas de Humberto López Morales, Madrid, Planeta, 1981, pág. 245.

«... Todo ha sido chanza.  
Satisfechas están las ansias mías  
De tu orgullo pueril tomé venganza.

Con quien gustes de hoi más puedes casarte.  
Yo me voi con la música a otra parte».

(«El bastardo», LVI).<sup>25</sup>

También, Alfonso VI, marchando al frente de su tropa, no se muestra como un super-héroe y «...sin temor de fiebre o de catarro / Trepano montes y pasando ríos, / De cien rebeldes sometió los bríos». («Zafadola», III, vv. 264-266).<sup>26</sup>

Versos como «...Y muchísimos van como Vicente, / Por ir con el ruido de la jente» («Don Opas», IV, C), o «...¿Sabes lo que digo? / Que no las tengo yo todas conmigo» (Ibídem, III, LXVII), o este otro: «... La morisma, que es jente de denuedo, / se entrará como Pedro por su casa» (Ibídem, III, LXV) nos dan idea de la frescura que respiran los versos de José Joaquín de Mora, lejos de caer en un retoricismo exuberante, propio de un romántico puro.

Pero esa era «la paja» que envuelve y puede enturbiar la misión que tienen las *Leyendas*. Al ser fruto de una mente de hombre político —al igual que ocurre con el Duque de Rivas en *El moro expósito*—, las hace nacer con una intencionalidad: la de enseñar algo a alguien, y nada mejor para ser imitado que la tradición; de esta forma se conseguiría un presente con una solidez insuperable.

Debemos recordar que estos hombres 'poetas' tuvieron una misión mucho más amplia en su época de la que actualmente po-

<sup>25</sup> Leyenda número 12, escrita en 60 octavas reales, que hacen un total de 480 vv., empleados para relatarnos la vida de Alfonso XI y su hijo Pedro. Como este rey tuvo muchos hijos bastardos, se nos narra el problema de la ocupación de la corona a la muerte del mismo. Se enfrentan en la falda del Moncayo don Enrique, hijo bastardo y don Pedro, que saldrá vencedor.

<sup>26</sup> Leyenda que ocupa el puesto noveno. Es un episodio sacado de la *Crónica del Emperador Alfonso VII*, tal y como nos lo confiesa el propio autor. Nos hemos de situar en el reinado de Alfonso VI: Zafadola es el rey moro de Rueda, justo, humilde y respetado por su pueblo. Se hizo amigo de Alfonso VI creyendo que de esta forma tendría su protección. Al final murió en manos de Farfán, noble, envidioso de la corte y magnanimidad de Zafadola. Está escrita en endecasílabos, de rima pareada, con un total de 832 vv.

dríamos conceder a «nuestros poetas»: ellos eran, a la vez, «historiadores, eruditos, periodistas y hombres políticos»; <sup>27</sup> es decir, la literatura para ellos es siempre *un medio* y nunca *un fin*. Ese *medio* vendrá expuesto, de forma teórica, en las digresiones (material principal de nuestro estudio) que el autor introduce constantemente, cortando el hilo narrativo, recogién dose en ellas disquisiciones varias sobre los temas más candentes de su tierra.

Pero, como decía Larra, este tipo de 'literatura' reflejo de todo un progreso intelectual, sólo puede ser:

«hija de la experiencia[...]; estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aún; apostólica y de propaganda; enseñando verdades a aquellos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre, no como debe ser, sino como es, para conocerle». <sup>28</sup>

No cabe duda de que estas palabras de Larra incitan a un tipo de literatura comprometida —como más tarde repetirá Jean-Paul Sartre en su conocido libro *¿Qué es la literatura?*—, <sup>29</sup> por lo que Mora escoge la vía crítica, la vía pedagógica, buscando siempre la verdad, a pesar de saber que la fortuna «mece y alaga cariñosa a los malos», mientras que por el contrario «siempre al débil lanza[n] tiros ciertos», consiguiendo que se retroceda en los buenos propósitos. A pesar de todo ello sigue insistiendo para que la primera no sea la vía que sigamos. De esta forma nos advierte:

---

27 Vid. *Historia de España*, dirigida por M. Tuñón de Lara, tomo VII: «Centralismo, Ilustración y Agonía del Antiguo Régimen (1715-1833)». Barcelona, Labor, pág. 391. Esta 'misión' del poeta fue cuestionada en este período más de una ocasión. Recordemos algunas frases donde se recoge la misma problemática. Decía Fernando Vera en su artículo «Verdadera poesía»: «... Porque el poeta tiene que leer en el fondo de los corazones[...]. Enseñar y conmover, ésta es la misión del poeta», en *No me olvides*, 1837, núm. 2.º. O estas otras publicadas en el periódico «La Paz», el 9 de abril de 1838, por un autor anónimo: «... Todo el que busque una misión puede encontrarla en confortar y ayudar a los pobres de espíritu y en luchar contra la ignorancia y el pecado».

28 Larra, Mariano José de: *Literatura. Rápida ojeada sobre la historia e índole de la nuestra. Su estado actual. Su porvenir. Profesión de fe*, en «El Español», 18 de enero de 1836. (Cita recogida del libro de Ricardo Navas-Ruiz, *El romanticismo español...*, op. cit., pág. 140).

29 Buenos Aires, Ed. Losada, 1947.

«...Los caminos del mal están abiertos,  
Llenos están de encantos y atractivos,  
Sepa el ciego mortal que en ellos entra  
Lo que al llegar al término se encuentra».

(«Don Opas», I,X).

El final desastroso para el hombre es el que pretende evitar a toda costa José Joaquín de Mora. Sin duda, para él, el hombre español ya no tenía salvación, por lo cual al que pretende aleccionar es al hombre sud-americano. ¿Cómo podrá conseguirlo? Haciéndole que busque siempre la *verdad* de las cosas. Esta verdad estará presente, como constante vital en Mora: se la exige a sí mismo y se la pedirá a los demás. De esta forma se expresará a través de uno de sus personajes:

«Di la verdad o mueres a mi espada».  
«Nunca», responde el joven, «en mi seno  
Derramó la mentira su veneno.  
Un culto que detestas es el mío».

(«La judía», vv. 118-121).<sup>30</sup>

Constante que guiaría al autor que, como hombre de su época, habría que entenderla como verdadera *Ciencia*, como algo que está por encima de cualquier pasión humana, de cualquier ideología o condición:

---

30 «La judía» es la primera leyenda recogida en este volumen. Consta de un total de 694 vv. repartidos en cuatro partes y cuyo personaje central podría ser la encarnación del propio José Joaquín de Mora. Escrita en silva clásica (endecasílabos y heptasílabos) rimando los versos de forma pareada. Su contenido podría ser: Don Suero, habitando tierra extranjera, aunque ya asentado, encuentra en uno de sus paseos a un 'joven', al que socorre. Nace entre ellos una estrecha amistad que viene turbada por una repentina enfermedad del joven. Esta enfermedad no es más que la del amor, ya que 'el joven' no es sino la judía Raquel, que se siente tiernamente enamorada de don Suero. Ambos reconocen su pasión que, más tarde, vendrá truncada a causa de la indignación de los amigos de don Suero, que le declaran la guerra por haberse amancillado con una judía. Los dos amantes mueren en el combate.

«Ciencia que al hombre eleva y magnifica,  
Sobre la turba imbécil: ciencia augusta,  
Que el pecho entusiasmado purifica,  
Y si al indagador vulgar asusta,  
Al sublime mortal de ánimo fuerte,  
Abre el alto volumen de la suelte».

(Ibídem, vv. 187-192).

La buscó «aún joven tierno» (v. 242), por los más diversos países y condiciones, llevándolo, incluso —dice— a cruzar los mares «vanamente» (v. 245). Aquí podemos ver la primera manifestación de desencanto que nos hace pensar en ese eclecticismo al que llega como resultado de toda una serie de experiencias vitales y literarias. Si la composición de estas *Leyendas Españolas* la hemos de situar al final de su actividad literaria —como enseguida veremos—, era de esperar que se expresara en estos términos.

Pues bien, ¿cuál fue el momento histórico en que fueron escritas? Exactamente el autor no nos lo deja dicho; sólo conocemos la fecha de la publicación de toda la 'recopilación'<sup>31</sup> de estas leyendas: 1840, por lo que hemos de hacer un examen intrínseco en las mismas leyendas para poder lazar una fecha de la composición, aunque siempre será una hipótesis.

En sólo una leyenda alude el autor, directamente, a la fecha de redacción de la misma: se trata de «Don Opas», con la que se cierra el libro. Dice así:

«Del año setecientos diez, pasamos  
Al de mil ochocientos treinta y cinco»

(«Don Opas», I, CI).

---

31 Según José de Mesa y Teresa Gisbert, «Mora escribió la mayor parte de sus poesías y sus *Leyendas* en la Paz, y luego éstas fueron muy difundidas a través de la prensa y revistas, sirviendo de base, en muchos casos durante varias décadas, a nuestros poetas», en *José Joaquín Mora*, Academia Nacional de Ciencias de Bolivia. Serie Ciencias de la Cultura. La Paz, 1965, pág. 58. (El subrayado es mío, pues me pone en duda ese 'luego' ya que nos puede hacer pensar a la fecha de la publicación 1840, o a la de 1835, fecha en la que nos dice que una de estas leyendas la está escribiendo en La Paz).

¿Podríamos lanzar la primera hipótesis pensando que todas las leyendas recogidas en este volumen pertenecen a la misma fecha? Me parece muy aventurada una aseveración de esta categoría por creer que este trabajo es propio de un quehacer continuo, laborioso y no fácil de componerlo en un solo año, teniendo en cuenta, además, que el autor tiene que dedicarse a otros menesteres:

«...Lo que el social comercio necesita,  
Lo que es obligación, lo que es tarea,  
Pago sumiso en rutinera prosa,  
Pero escribir en verso es otra cosa».

(«Don Opas», I, XLIV).

Y es aquí, escribiendo en verso, cuando consigue ser dueño de expresar esos sentimientos propios, cuando nadie le «hará decir que es bueno lo que es malo». Para ello, no cabe duda, el autor tendrá que disponer de esos ratos de ocio y liberación de una vida rutinaria que le impondría su prestación a otro tipo de trabajo.

Si es única la alusión a una fecha concreta, la presencia física del autor en tierras americanas nos la dejará explícita en más de una ocasión: todas ellas nos llevan a un alejamiento físico del poeta de su tierra madre, como más adelante veremos.

En la leyenda «Una madre», en nota a la parte tercera, subtitulada 'La separación', nos dice: «Escribióse este poema en la hacienda de Cotaña, propia de D. Pedro José Guerra, situada en el valle del mismo nombre, en el departamento de la Paz, república de Bolivia...»,<sup>32</sup> de lo que se puede deducir que estamos moviéndonos entre el «2de septiembre de 1834 [que] estaba ya en la Paz, Bolivia» y «el 26 de marzo de 1838» que embarcó, nuevamente para Inglaterra.<sup>33</sup>

Otros indicios que nos pondrían ayudar a esta datación son los referidos, como se ha dicho más arriba, a esas alusiones que hace el poeta a su alejamiento físico de España:

32 Mora, José Joaquín de: *Leyendas...*, op. cit., pág. 461.

33 Vid. Monguió, Luis: *Don José Joaquín de Mora...*, op. cit., págs. 197-198.

«En vano el curso de la suerte extraña  
De allí me aleja en apartado clima.  
Siempre fija en España está mi mente  
Cual ardiente amador pasión ardiente».

(«Don Opas», I, I).

«Triste recuerdo, imagen vaporosa,  
Que el alma oprimes cual fatal misterio,  
Mientras en ausencia injusta y dolorosa,  
De ti me aparté incógnito hemisferio!».

(Ibídem, III, CXXV).

Igualmente, al recordar el calor que hace en Sevilla, manifiesta que, a pesar de haber vivido «a más de doce grados de latitud», no ha sufrido calor semejante al soportado en esa tierra. Es indudable que esos «doce grados» de latitud no pueden hacer alusión sino a Bolivia que, la mayor parte de su territorio se extiende entre los paralelos 10°-20°, latitud sur.

La 'nota' puesta a la leyenda «la madre», a la que ya he aludido, puede sernos, una vez más, de suma utilidad. Aun a riesgo de reproducir algo conocido, la traeré de nuevo a estas líneas ya que de ella arrancaremos para la localización de todo un paisaje americano que recorre desde el inicio al final el conjunto de las *Leyendas Españolas*:

«El valle ocupa una parte de la falda del famoso Nevado de Illimani, «la más alta montaña de todo el Nuevo Mundo, después del Pico de Sorata» [...] Mas el Illimani, además de ser elevación, tiene otros derechos a la admiración de los hombres aficionados a los grandes espectáculos de la Naturaleza. Por la elegancia de su perfil, por la variedad de sus tintes, por sus profundas sinuosidades, y por su entera separación de la gran cadena de los Andes, puede considerarse como uno de los más grandiosos y bellos puntos de vista que pueden ofrecerse a los ojos del hombre. El valle de Cotaña, desde el cual parece que podría tocarse con la mano la nieve perpetua que cubre la cima del Illimani, es una rejión privilegiada, en la cual se hallan reunidos, en el espacio de pocas leguas,

los efectos más pintorescos, y las más vastas y variedades perspectivas: prados amenísimos, bosques impenetrables, precipicios, torrentes, alfombras de las flores más delicadas y olorosas, y todo esto oreado por el aire más suave y tranquilo, y en presencia de un inmenso laboratorio de huracanes, nieblas y borrascas». <sup>34</sup>

Con todo lo que acabamos de leer, ¿no es más que suficiente para pensar que Mora tenía el ambiente propicio para situar a sus personajes, tal como se lo exigía la moda romántica? Por esta razón, las descripciones de paisajes que se nos ofrecen en «Una madre» son, sin lugar a dudas, pertenecientes a este paisaje boliviano:

«¡Qué inefable espectáculo! ¡Qué alturas  
Inmensurables! donde en mole densa,  
Albas las nieblas, y otra vez oscuras,  
Ya se dilatan cual cortina inmensa,  
Sobre el coloso; ya de nieves puras,  
Dejan visible la llamada extensa,  
Ya bajan al declive, cuyo verde,  
En la nevada cúpula se pierde!».

(«Una madre», 'La separación', III).

Paisaje americano que encontraremos ambientando cualquiera de estas *Leyendas*. Examinemos algún que otro ejemplo:

«... Mis sombríos tormentos necesitan  
Peñascos eminentes,  
Por donde furibundos los torrentes  
Dilacerados troncos precipitan;  
Quebradas hondas, y hondas aberturas,  
Do su feroce libertad celebra,  
Silvando la culebra;  
Malezas intrincadas, peñas duras,  
Niebla espantosa, y bárbaro rujido  
De huracán desatado, que disuelve  
Las altas crestas del peñasco hendido».

(«La judía», vv. 87-97).

---

<sup>34</sup> Mora, J. Joaquín de: *Leyendas...*, op. cit., pág. 461.



«Ya en Occidente la postrer vizlumbre  
 Del día se ocultaba, y en pos de ella,  
 Derramaba torrentes de alba lumbre  
 La luna, remontando su faz bella  
 Con indecible majestad. La cumbre  
 Del monte, y el raudal nacido en ella,  
 Imitan los reflejos celestiales  
 En dura nieve y móviles cristales».

(«El primer conde de Castilla», II, I).<sup>35</sup>

Podríamos hacer un elenco interminable de citas, pero ello no nos conduciría nada más que a lo que ya hemos anunciado: paisaje americano. Sin embargo, creo conveniente traer a la memoria otros versos por lo que de positivo encierran para nuestra datación:

«La selva equinocial me dio acojida,  
 .....  
 Que de los Andes la infinita nieve  
 Forma, en torrente undoso transformada,  
 Surqué las ondas en barquilla leve,  
 Por suaves alientos impulsada.  
 .....  
 Del Ecuador al proceloso Estrecho...».

(«Las dos cenas», II, vv. 64-84).<sup>36</sup>

¿Hace alusión, acaso, al desplazamiento que tuvo que realizar desde «El Callao a bordo del bergantín chileno 'Paulino', rumbo

35 Se trata de la leyenda que hace el número dieciséis, escrita en octavas reales, repartidas en cuatro apartados, con un total de 632 vv. Se nos narra los amores entre el Conde de Castilla y la hija del rey de Navarra don García. Al no tener consentimiento del padre y por haber caído el conde en manos del propio rey, la infanta decide preparar la huida con su amado, y que consigue felizmente.

36 Esta leyenda hace el número trece en el orden establecido por su autor a la hora de publicarlas. Escrita en silva (11 + 7), rimando al gusto del poeta, se divide en catorce apartados que comprenden un total de 421 vv. Toda ella está encaminada a demostrarnos los efectos del despotismo. Un tal rey Enrique se ve expoliado por sus propios nobles: condes, duques..., llegando el momento de no tener ni de qué comer. Un día decide visitar a una de estas familias ricas y observar cómo le iba la vida. Su asombro no pudo ser mayor al comprobar que allá el lujo y los placeres eran los que reinaban. Bajo amenaza de muerte recupera el rey todo su poder perdido.

a Islay, para seguir desde allí por tierra a Bolivia?»<sup>37</sup> Es probable. De todas formas seguimos moviéndonos alrededor de la única fecha que aparece en las *Leyendas*: la de 1835.

Por último, aportar un nuevo testimonio ofrecido por el propio autor al referirse, en nota, a la leyenda la «Florida». Dice: «Escribióse este verso, cuando España, sometida al más ilimitado poder absoluto, parecía haber perdido la esperanza y los medios de recobrar sus antiguas libertades».<sup>38</sup>

¿A qué período quiere hacer alusión Mora? Es sabido que el establecimiento de la monarquía absoluta en España se impuso en varias ocasiones, pero, ¿por qué no poderlo situar a la muerte de Fernando VII (1833) cuando se proclama a su hija, Isabel II, como sucesora de la corona y empieza en el norte de la península una guerra civil, herencia evidente del fracaso de la revolución liberal en España? Podríamos aceptarlo, al menos como hipótesis, por lo que una vez más nos acercáramos a la fecha de 1834-38, años que pasó en Bolivia y período de tiempo en que, según mi opinión, se redactaron estas *Leyendas Españolas*.

## II

Ante cada *Leyenda* aparecen unas palabras textuales o citas<sup>39</sup> pertenecientes a diversos autores y diversas épocas literarias. No hay lo que se dice una preferencia clara por ninguno de ellos, si

37 Monguió, Luis: *Don José Joaquín de Mora...*, op. cit., pág. 47.

38 Mora, J. Joaquín de: *Leyendas...*, op. cit., pág. 462.

39 1) «La judía»:

«A thing of dark imaginings» (BYRON).

2) «La bordadora de Granada»:

«¿Es posible que te abracés  
A las cortezas de un roble  
Y dejes el árbol tuyo  
Desnudo de fruta y flores?

.....  
Alá permita, enemiga

Que te aborrezca y lo adores» (PEREZ DE HITTA).

3) «Una madre»:

«Un bienfait n'est jamais perdu».

I 'El prófugo':

«Abre su pecho al pobre, que llorando  
socorro le pidió» (FR. L. DE LEON).

II 'El Alcázar':

«Tu pleito, que hasta agora, a pena dura,  
Así como a malvado, te condena,

exceptuamos a Shakespeare, ya que la variedad responde a una única razón: la de buscar aquellas palabras, aquellos versos que

- 
- Convertirá en sentencia de soltura» (FR. L. DE LEON).
- III 'La separación':  
«Il cour si serra  
Nelle fortune, é solo lo schiude il tocco  
Delle grandi sventure» (MONTI GALEOTTO MANFREDI).
- IV 'El jardín':  
«Fue aquella noche el jardín,  
No jardín cueva horrorosa.  
Un estoque cada rosa,  
Un puñal cada jazmín.  
Flora eclipsó sus matices,  
Por no ver tantos horrores» (EL JARDIN DE LOS ENCANTOS).
- 4) «El boticario de Zamora»:  
«I do remember an apothecary,  
.....whom late I noted  
In tatter'd weeds» (SHAKESPEARE).
- 5) «El hijo de Don Farfán»:  
«E l'osa pure, e l'tenta, e ne riceve.  
In vece di castigo, onor e laude» (GIERUSALEMME LIBERATA, V. 22).
- 6) «Hermijo y Gotona»:  
«Alas! there is no instinct like the heart» (BYRON).  
I «I make swords: but leave it to other people  
to use them» (SIR WALTER SCOTT).  
II «She loved me for the dangers I had passed» (SHAKESPEARE).
- III «Hai algunos hombres, que verdaderamente son buenos y santos:  
pero suelen ser necios» (LOZANO, REYES NUEVOS DE TOLEDO).
- IV «La faccia sua era faccia d'uom giusto,  
Tanto begnina avea di fuor la pelle,  
E d'un serpente tutto l'altro fusto» (DANTE).
- V «The king is full of grace and fair regard,  
And a true lover of the holy church» (SHAKESPEARE).
- 7) «La Florida»:  
«Si son celos un furor,  
Una ciega destemplanza,  
Que sólo quiere venganza,  
Estrago, muerte y horror;  
Y que no teme a los cielos,  
Y que a los cielos se alzara,  
Si allí su venganza hallara,  
Dice bien, yo tengo celos» (UN INGENIO DE ESTA CORTE).
- 8) «Escena de los tiempos feudales»:  
«Mas amaba la tierra que non al Criador  
Era de muchas guisas ome revolvedor» (BERCEO).
- 9) «Zafadola»:  
«Síguese que los imperios  
Y reinados.  
No son, no, desafortunados  
De lacerios» (GOMEZ MANRIQUE).
- 10) «La batalla de Fraga»:  
«Hast thou yet more blood to cast away?» (SHAKESPEARE).
- 11) «Don Lope»:  
«Jam venio moriturus et haec tibi porto  
Dona prius» (VIRGILIO, En. XX. 881).

mejor condensan el contenido de la leyenda a la que preceden. Destaco, como simple ejemplo, la que sitúa a la cabecera de «El bastardo», para mostrar la estrecha interrelación entre 'cita' y 'contenido de la leyenda':

«Est-ce ma faute à moi, si mon père n'a pas épousé ma mère?». Beaumarchais.

Desde el punto de vista estilístico —al que ya me he referido para decir que no haré un estudio en profundidad—, estas *Leyendas* se deben enmarcar en la corriente romántica de la que el autor,

- 
- 12) «El bastardo»: «Est-ce ma faute à moi, si mon père n'a pas épousé ma mère?» (BEAUMARCHAIS).
- 13) «Las dos cenas»: «Look here, upon this picture, and on this» (SHAKESPEARE).
- 14) «Pedro Niño»: «Fallé un buen Caballero, mereciente de honra y fama, cerca de aquellos que pugnaron por llegar a palma de vistoria» (CRONICA DE DON PEDRO NIÑO).
- 15) «Don Policarpo»: «Sustine» (MAXIMA ESTOICA). «Aguanta» (TRADUCCION LIBRE).
- 16) «El primer conde de Castilla»: Octavio. ¿Quién así cambió su estrella?  
Turpin. Ella  
Octavio. ¿Y quién fue su sostén  
En sus males?  
Turpin. Ella  
Octavio. ¿Y quién  
Rompió sus prisiones?  
Turpin. Ella  
Octavio. ¡Válgate Dios por doncella!  
No hai fiera más arrojada  
Que doncella enamorada». (UN INGENIO DE ESTA CORTE).
- 17) «Bosquejo»: «Who shall heal murder? What is done is done» (BYRON).
- 18) «El halcón»: «Il fut un bon syre, qui oncque ne manqua aux loix de Chevalerie. Gens d'Eglise avaient cuydance de ses Etats» (VIEILLE CHRONIQUE).
- 19) «Los Normandos en Galicia»: «He deem'd himself mark'd out for others' hate  
And mock'd at ruin so they shar'd his fate» (BYRON).
- 20) «Don Opas»: I «Art thou not?!—What!—A traitor! Yes» (OTWAY).  
II «I have been abus'd, 'insulted, and betray'd.  
My injur'd honour cries aloud for vengeance;  
Her wounds will never close» (EARL OF WARWICK).  
III «Nave senza nocchiero in gran tempesta,  
Non donna di provincie, ma bordello». (DANTE).  
IV «... Farewell, King» (SHAKESPEARE).

a causa de su desengaño político, se irá alejando cada vez más. Es por esta razón por la que encontramos, en su mayor parte, unas leyendas fáciles de comprender al haberse alejado el autor del arte retórico que el romanticismo 'puro' exigía.<sup>40</sup> Al igual que a Larra, parece preocuparle que las palabras sean mero «vehículo de no entendimiento entre los hombres; de las grandes palabras como señuelo de los políticos para engañar a los simples»,<sup>41</sup> si bien no descarta ciertos recursos, ya casi tópicos para esta generación,<sup>42</sup> como es el encuadre de unos hombres y mujeres en un paisaje decadente, oscuro, con un murmullo de fondo a causa del oleaje del mar o del follaje de un bosque:

«Por las frondosas alturas  
Que circundan a Lopera,  
Cuando las centellas puras  
De la celestial lumbrera  
Rompen las nieblas oscuras  
Que ennegrecían la esfera,  
Vaga envuelto en grana y oro,  
Don Farfán, terror del Moro».

(«El hijo de don Farfán», I).<sup>43</sup>

40 Nada más sencillo para corroborar esta afirmación que leer sus propios versos:

«No sé qué impulso irresistible mueve  
Mi inspiración a fuera del camino  
Que a mi fortuna señaló el destino,  
Fácil, sencilla, descuidada y leve.  
Describió en rima breve,  
Sin aspirar a ornato peregrino,  
Que en bosques y praderas,  
Y en solitario estudio recibía;  
Huyendo de las frases altaneras,  
De la sonora y alta gallardía.  
Con que ingeniosos noveles  
Ganaron sus laureles».

(«Las dos cenas», I).

41 Seoane, María Cruz: *El lenguaje de un desencanto*, «El País», domingo 29 de abril de 1984, pág. 4/libris.

42 Vid. Foster, D. W.: *Un índice introductorio de los «tópicos» de la poesía romántica española: lugares comunes en la lírica de Rivas, Espronceda, Bécquer y Zorrilla*, en «Hispanofila», XXXVII (1969), págs. 1-22.

43 Esta leyenda está situada en el puesto quinto de las *Leyendas...* La narración consta de un total de XV octavillas de rima abababcc, es una de las más breves y menos 'sustanciosas'; se limita a narrarnos el encuentro de un padre con su hijo, perteneciendo cada uno a un bando distinto: Farfán a los cristianos y su hijo a los moros. Aquéllos tienen sitiada Lopera (pueblo de la actual provincia de Jaén), a la que conquistan los cristianos con ayuda del hijo de Farfán.

O este otro:

«Era la selva tétrica, sombría;  
 Los troncos en inmensa columnata,  
 Desnudos se elevan y derechos,  
 En prados de retamas y de helechos.  
 Mortal era el silencio, interrumpido  
 Por la resaca que la playa azota:  
 O por el melancólico graznido,  
 Con que la mar saluda la gaviota...».

(«La Florida», LIII-LIV).

Sintamos, también, el escalofrío húmedo que nos recorre el cuerpo por esta panorámica:

«Era la noche, y en la arena fría,  
 La mar su espuma plácida movía,  
 Retrazando en sus móviles espejos  
 De los astros los cándidos reflejos.  
 ¡Cuán suave espectáculo al que mira  
 Sin inquietud la soledad!...».

(«Los normandos en Galicia», VI).<sup>44</sup>

Pero si quisiéramos, encontraríamos al gran poeta romántico leyendo «Bosquejo». He aquí una muestra:

«Ora vedlo, cual surca la honda traza  
 Su frente ajada, pálida, deshecha;  
 Donde en horrible vehículo se enlaza,  
 Con odio y con temor, rabia y sospecha.  
 Alguna sierpe oculta despedaza  
 Su corazón, o con lazada estrecha

---

<sup>44</sup> Ocupa el penúltimo lugar en estas *Leyendas*... La narración se emplaza en el siglo X, época en la que reinaba Gonzalo Sánchez y llegan a las costas gallegas los normandos. Se entreteje la Historia con una aventura amorosa entre Hermura, hija de Gonzalo y Ulrico, paje del rey. Es un amor desgraciado ya que mueren los enamorados; los invasores, sin embargo, son derrotados. Dividida en IX apartados, compuestos cada uno de ellos por un número desigual de versos endecasílabos y de rima consonántica, pareada, presenta un total de 564 vv.

Lo oprime, y seca, torpe y escondida,  
Las fuentes del placer y de la vida».

(«Bosquejo», V).<sup>45</sup>

El hipérbaton y los símiles son frecuentes, y verdaderamente hermosos estos últimos. Traigamos a nuestra mente algunas de estas bellas imágenes:

«Cual ánades ruidosas que en gavilla  
La madre fiel conduce, se detienen  
De algún arroyo en la escarpada orilla;  
Fija en la madre la mirada tienen,  
Y ella calcula un rato, y luego chilla,  
Y ellos a su mandato se previenen  
En un momento, y al raudal se lanzan,  
Y tras su guía el otro borde alcanzan.

Así a la arena aquel tropel devoto  
Se arrojó al escuchar la arena pía  
Del jefe...».

(«Don Opas», II, XXVIII-XXXIX).

El empleo de toda una gama de adjetivos haciendo alusión a colores, nos produce una sensación de placidez y acercamiento al dato concreto presentado, tal como los naturalistas hacen: «blonda espiga», «verdes sauces», «albo espino», «grano rubio» o «pálido racimo», «nevosas canas», «arenal tostado»...<sup>46</sup>

45 Hace el número diecisiete en la distribución de estas *Leyendas*... Es la más romántica de todas ellas por sus contrucciones léxicas-sintácticas, como por su ambientación: ha elegido las orillas del Nilo para situar a su personaje que, sin conocerse el cristiano que habla, se encuentra allá en el más lastimoso de los estados: su propia conciencia le va destruyendo por el recuerdo de haber dado muerte a su amada, por confusión, hasta que se da muerte a sí mismo. Son un total de 176 vv. recogidos en XXII octavas reales.

46 Son ejemplos tomados de la leyenda «Escena de los tiempos feudales». Leyenda que recoge la historia del rey Hermenegildo y la del noble D. Arias, nada querido por sus vasallos. Un día, decide tomar por esposa a Estrella que, al oponerse tanto el padre como la futura esposa, presiona ante estos pobres infelices hasta que consigue el 'sí' de su futura esposa. En el momento de celebrarse el matrimonio aparece Etiel, joven enamorado de Estrella que, disfrazado de astrólogo, mata al tirano. Todo ello está narrado en versos endecasílabos, rimando pareadamente al gusto del poeta, con un total de 272 vv.

Al mencionar los colores que lleva el plumero de un caballero español, el cual debe luchar contra un portugués, nos hace pensar en una nota andalucista muy en la línea actual; dice así: «Verde y blanco es el plumero» («Pedro Niño», X).<sup>47</sup>

Sería demasiado extenso y enojoso si pretendiera traer a estas páginas cada uno de estos recursos, pues, si bien tienen un valor estilístico dentro de la manifestación romántica, no aportan nada nuevo.

### III

Nos debemos centrar, pues, en el 'grano' —como decía Rojas—, y ese grano no son más que las *digresiones* que interrumpen la narración para dejar lugar a «largas pinturas de tipos, caracteres o paisajes, para hacer el análisis de los pensamientos y afectos, para intercalar reflexiones de toda clase...»,<sup>48</sup> y muy especialmente de la política y sucesos de su tiempo.

La posición de Mora, políticamente hablando, es bastante más sencilla de resumir que su posición literaria, calificada como «muy compleja, pues si sus principios estéticos, proclamados varias veces, lo colocan francamente en el campo del clasicismo, en algunas de sus poesías, sobre todo en las *Leyendas* se nos presenta como un romántico»,<sup>49</sup> pero que al final de su vida habría que calificarlo como un 'ecléctico'. Y si literariamente este eclecticismo viene a ser fruto de una desilusión, en el campo político puede venir a

---

47 Leyenda que ocupa el número catorce, dividida en cuatro grandes tiradas, escrita en octavas (u octavillas), con un total de 700 vv. Se mezclan en esta leyenda dos tramas: la amorosa entre la hija del infante Don Juan de Portugal y Pedro Niño, vasallo de don Enrique de Castilla. Por otro lado la historia en donde vemos Portugal invadida por los moros, de sorpresa, causa por la que pedirá ayuda don Juan al rey castellano. Es aquí donde la doble intriga se une ya que debe marchar en su ayuda el mejor caballero del reino castellano: Pedro Niño, teniéndolo que aceptar el portugués como su salvador y como yerno, por el bien del país.

48 Alborg, J. Luis: *Historia de la literatura española...*, op. cit., pág. 465. (Con estas palabras se refiere el autor a las digresiones existentes en *El moro expósito* del duque de Rivas pero que yo he aplicado a Mora por tratarse de situaciones semejantes). Igualmente, en sus *Romances históricos* se suman, al edificio armonioso que es la obra literaria, una explosión de lirismo, «una lección de historia y una evidente demostración ideológica» (*Historia de España*, tomo VII, op. cit., pág. 409), como podríamos ver en la obra del propio J. Joaquín de Mora.

49 Mesa, José de y Gisbert, Teresa: *José Joaquín de Mora*, op. cit., pág. 54.



equivaler a un 'abatimiento', después de luchar años y años por esa libertad de expresión y contra la tiranía del poder, que le marcó de tal forma que fue su perdición, ideológicamente hablando. El hombre que convierte una pasión en punto de mira de toda su existencia, corre el gran riesgo de 'perderse'. Así parece que le ocurrió a él:

«Una pasión en el alma ardiente basta  
 Para abrirle mil brechas. Si contrasta  
 Con otra, y no le cede en enerjía,  
 La vida se convierte en anarquía  
 De encarnizados sentimientos; rotos  
 De esperanza los límites remotos,  
 Fuera de ellos la víctima no alcanza  
 Vislumbre de temor ni de esperanza,  
 Que la arranque del torpe parasismo.  
 ¿Y qué es entonces el porvenir? Abismo  
 Sin luz ni fondo... [y]  
 Cual mole de granito, se desploma».

(«Los normandos en Galicia», III, vv. 145-159).

Y así 'desplomado' por los acontecimientos sucedidos en España, pretende que estas *Leyendas* sean, a través de su óptica, una lección de «Historia de España», útil y asimilable por alguien necesitado de ella. Quien leyó por primera vez su mensaje fue el pueblo americano.

Para que el 'pueblo' pueda empezar a funcionar, lo primero que se debe hacer es «ilustrarlo», ofrecerle las mismas oportunidades, ya que «la unidad de la especie humana es una verdad que han demostrado de consuno la revelación y la filosofía. Esta unidad comprende la identidad genealógica, y de estructura interna y esterna; comprende la igualdad en el número, en el uso y en el temple de las facultades./ Su ejercicio deberá, pues, dar de sí las mismas consecuencias, cualquiera que sea el clima, la localidad y las circunstancias en que la Providencia haya colocado al individuo[...]».<sup>50</sup> Pero la experiencia le obligará a decir que muy pocas

<sup>50</sup> Mora, José Joaquín de: *De la situación actual de las Repúblicas Sur-Americanas*, en «Revista Histórica», art. cit., pág. 557.

veces este pueblo ha tomado parte en una contienda política; lo más frecuente es que permanezca testigo inmóvil de los acontecimientos, ya que, como masa, prefiere esconderse en el anonimato. Si fuera 'uno' el que pudiera hablar expresaría su descontento, pero al integrarse en la masa

«... cada uno su conciencia  
A la conciencia del vecino endosa  
Abdica el individuo su prudencia,  
Y en la conciencia pública reposa  
Y ¿qué es esta prudencia si se apura?  
Suma total de la total locura».

(«Don Opas», II, II).

El pueblo, resignado, por la presión de los tiranos:

«Como el camello, dobla la rodilla  
Porque no se moleste quien lo ensilla».

(Ibídem, I: LVIII).

Pero no sabe Mora qué será mejor: si que permanezca callado o que se amotine ante tal presión. Es disculpable el hecho de que, tras la constante humillación, se rebele:

«Que enardecido un pueblo se levante,  
Porque llegó a su término el aguante».

(«Zafadola», IV, vv. 399-400).

aunque se sabe que no sabrá controlarse y llegará «al homicidio, al robo y al desastre / Y que de males océano horrendo / La sociedad inunde...[...]» (Ibídem, vv. 404-406), por lo que se habrá tomado la justicia por su mano. De todas formas, es incontrolable esta situación por ser tal la diversidad de opiniones y calidades humanas las que se esconden en la masa, que el resultado no puede ser más funesto:

«Furia, pillaje, envidia, son los jueces  
De esta sangrienta causa. La malicia  
De un necio grita, y luego siguen otros,  
Como el manso las vacas y los potros».

(«Don Opas», I, LIX).

por lo que más valiera que se quedara en esa actitud pasiva, ya que, confiesa Mora: «Jamás al pueblo vi desde que existo / Ya en mi suelo natal o en los extraños / Unirse en entusiasmo y alborozo / Sino para ruinas y destrozo» («El halcón», LIII).<sup>51</sup>

El 'pueblo' es una masa fácil de manejar y convencer por su incultura y despreocupación que respaldará al primero que 'grite' tal o cual cosa, con el fin de hacerse con el poder. Ya ha conseguido 'su' nuevo gobernante, pero pronto se dará cuenta del grave error cometido y dirá: «¿No era mucho mejor el que perdimos?» («Don Opas», I, LX).

Todo esto, y no quiero hacer más que abrir un paréntesis para reflexionar, ¿no es lo que está ocurriendo en las nacientes repúblicas de sudamérica? ¿Por qué no poder ver en estos versos de José Joaquín de Mora ese mensaje de advertencia dirigido a todo un pueblo que despierte a la flamante democracia? Pero, sigamos con nuestro análisis.

«La causa de este mal —opinará Mora— es un sofisma» ya que el pueblo piensa que se consigue el bien a base de revoluciones y 'cismas'. Esta *libertad* que el pueblo exige no puede nacer en terreno baldío. Hace falta fertilizarlo con «diestro surco» y eso sólo se consigue con aprendizaje de siglos de experiencia. Por esto, no nos puede llamar la atención que, por los años 50, a excepción de Chile y Perú, las demás repúblicas 'sur-americanas' ofrecieran esa imagen de total caos. Con las sucesivas «rebeliones» no se consigue más que echar la carga al suelo, para volver a empezar de nuevo. Si un hombre hábil se hace del mando, este hombre inculto volverá a apoyarlo, se humillará, una vez más, a su nuevo régimen tirano. Llueven promesas, aparecen nuevos favoritos:

51 Es la leyenda número dieciocho donde se teoriza sobre lo que representó la Edad Media. Ejemplifica con la vida de Gofredo de Bretaña y una de las más felices expresiones para definirla es: «... en todo / se mezclaba la perla con el lodo». Compuesta en octavas reales, ocupa una extensión de 432 vv.

«Y el porvenir «ofrece un campo inmenso».  
Según los periódicos, escritos  
Con severa razón y estilo culto,  
Y sin un galicismo ni un insulto»

(«Don Opas», I, LXIV).

Irónicas palabras estas últimas ya que por demás sabía Mora que la *razón* no servía para convencer a estas masas, y si alguien pretendía levantar este estandarte, dice:

«Ten por seguro que infeliz acabe,  
O bien abandonada o perseguida,  
O pagando su arrojó con la vida».

(Ibídem, II, IX).

Voz segura alza en este juicio. Parece que nuestro autor habla después de su experiencia personal y versos adelante nos viene corroborada esta intuición al ponerse él como ejemplo:

«Si alguno del error niega el influjo,  
Dígalo yo, que aislado y sin testigo,  
Contra su imperio embravecido rujo,  
Y peso cada voz de las que digo...».

(Ibídem, II, XIII).

Resentido por el perjuicio que le ha ocasionado este 'pueblo' y del que no está todavía libre, prefiere callar ya que nadie le «podrá evitar golpe siniestro / Que el vulgo lance con su fuerza invicta», puesto que:

«El vulgo es el señor, y es el maestro.  
Ante su tribunal siempre convicta  
Resulta la verdad. Si el vulgo falla  
Triunfa el sofisma, y la justicia calla».

(Ibídem, II, XIV).

¿Cuál es la solución que propone Mora?: la prudencia, la paciencia para este hombre justo; si no lo hace así «Podrá dejar la piel en la demanda» (XV). Al autor no le queda otro consuelo que la reflexión, ese poder «meditar profundo», en donde encontrará un poco de esperanza, pues a pensar de:

«... ve[r] locura tanta,  
Laureles falsos, méritos postizos,  
Sabios tan necios, necios tan rollizos».

(«Don Opas», II, XVII).

sabe que a toda esa aparente riqueza le está señalado el fin de su existencia, a causa de su misma inanidad, por lo que no siente la más mínima envidia.

A modo de conclusión y para cerrar esta problemática, recordar que estos hombres liberales están de acuerdo «en que la educación era el camino único hacia el progreso, y que era conveniente educar a los nuevos ciudadanos para ejercer sus derechos y fomentar en ellos una conciencia nacional». <sup>52</sup> Sin embargo, el paso de una exposición teórica a una realización práctica era sumamente difícil. El abandonar una práctica de poder absoluto representado en la monarquía y llegar a ese régimen de libertad al que todos aspiraban, podía ser factible, aunque no por ello fácil para las nacientes repúblicas. En España el cambio se podría haber dado si no hubiese sido por la llegada, hacía siglos, de Felipe V y tras él los «miles de saltimbanquis matachines». Desde entonces no somos nación, somos colonia y se convirtió Madrid «... en vasta feria / De insustancia- lidad y galicismo»; y, para empeorarse los acontecimientos «ligóse el galicismo al fanatismo». Desde aquel día lo que domina son «... traducciones necias y triviales / Escritas en idioma de cocina / Llenas de solecismos garrafales».

Las críticas a la cultura francesa son frecuentes a lo largo de

---

52 Vázquez, Josefina Zoraida: *El dilema de la enseñanza de la historia en México*, en «Diálogos», México, núm. 91, enero 1980, pág. 15. (Cita tomada de Carlos M. Rama: *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina*. S. XIX, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1982, pág. 150).

las *Leyendas*<sup>53</sup> y casi, podemos decir, esperadas en este hombre liberal, pues su ideología lo convertía en tradicionalista, ya que si hubiera sido afrancesado tendríamos que hablar de traidor a su patria. Pero será un 'mal menor' frente a la crítica tan feroz que dedica al poder absolutista. Para él la *monarquía*, sustentada en ese esperpéntico trono, ha perdido su valor, se ha desprentigiado, al igual que sucedió con la *Constitución* que redactó en Chile. Estamos ante un escéptico, un verdadero resentido al ver lo que está ocurriendo en su país. Se pregunta:

«¿Qué es un trono? Un jirón de terciopelo,  
Y unas tablas de pino»

(«Don Opas», II, LXXX).

para seguir su feroz crítica contra los llamados 'cristianos' que piensan que el mantenerse un monarca es cosa divina, por lo que es «intocable». ¡Cuán equivocados están! Pero lo peor es que no mantienen esta monarquía por amor de la persona del rey sino «por ese noble sentimiento que despiertan en las almas generosas el absoluto de la fuerza, la mala fe, los ultrajes á la independencia, á la propiedad, á la religión, á todos los objetos más caros al corazón del hombre». <sup>54</sup>

El mundo de las nuevas repúblicas puede resultar muy distinto si se consiguiera «dar a cada cual lo que pedía» sin que ello signifique ofender el bienestar del vecino. Esto parece fácil y en verdad

53 Véase, por ejemplo, en «Zafadola»:

«Que desde Galia nos llegó fresquita

Y por venir de Galia y de su corte

Le dio la cobachuela pasaporte» (vv. 714-716).

Mora sabe que el neologismo de origen francés no es privativo de los escritores hispanoamericanos, sino que así mismo florece en España, estando totalmente asimilado. Estas son sus palabras al ingresar en la Academia Española, en 1848: «El neologismo, o más bien —digámosle su verdadero nombre— el galicismo, se enseorea hoy en España como un usurpador innoble que se complace en desfigurar los monumentos y en envilecer las glorias del pueblo sometido. La afectación y la exageración, que son los vicios sociales y literarios más dominantes en nuestro siglo, le han allanado la barrera de los Pirineos y lo han introducido en nuestra política, en nuestra legislación, en nuestra poesía, en nuestra escena, en el sagrado de nuestros hogares domésticos» (Carlos M. Rama: *Historia de las relaciones culturales...*, op. cit., págs. 139-140).

54 Mora, J. Joaquín de: *De la situación de las Repúblicas...*, cit., pág. 562.

lo es; el que falla es el que *manda*, ya que no conoce bien su oficio y olvida pronto para qué ha sido nombrado. El ideal, según Mora, sería:

«Que viva cada cual en este mundo  
Según le guste más, según le cuadre,  
Con tal que no me muerda, ni me ladre,  
Ni me sirva de estorvo en el camino.  
¿No es bien para todos? El mezquino  
Que solamente por dañar nos daña,  
¿Será más que una estúpida alimaña?».

(«Zafadola», vv. 44-50).

Sabe que es una utopía, pero que defiende como ejemplo a seguir ante la situación caótica que presenta España: o gobierno absolutista— al que sabemos que no acepta— o el despotismo, al que tampoco apoya y califica como «aterrador». Posturas maniqueas que debían tener una salida intermedia. Esta no podía ser sino la *república democrática*, si puede darse este nombre a la supremacía de una clase de la sociedad, con exclusión de la gran mayoría que era el pueblo. Mejor lo comprenderíamos si a 'eso' lo calificáramos como gobierno de una «oligarquía» —según dice el propio Mora—, compuesta de los ricos, de los instruidos... Estos hombres, en un principio, se habían formado en la famosa ideología de Destutt de Tracy: sensualista, utilitaria y racionalista, y que conducía, fatalmente, al materialismo.

«Docta maestra es la razón, si cauta,  
Siguiendo humilde la severa pauta  
Que una inefable autoridad le fija,  
Lleva adelante su labor prolija.  
Empero la razón débil y flaca,  
¿De dónde el jugo que la nutre saca?  
¿Cuál debe ser su estudio? —El Universo».

(«Pedro Niño», vv. 9-15).

Tan arraigada estuvo esta ideología en unos primeros momentos que el mismo Mora la impuso en su colegio de Santiago de

Chile, pero la experiencia pronto le hizo rectificar. Si todo quedaba muy bien en el plano normativo, en el positivo existían unas realidades fácticas que hacían imposible alcanzar el puro racionalismo: todos sabemos cómo en el ser humano juegan e influyen fuertemente las pasiones. Todo ello hizo desplazar a José Joaquín de Mora hacia una filosofía más positiva, hacia la Escuela Escocesa de Stewart, Hamilton y Bentham, fundamentada en rehabilitar los principios trascendentes de la moral, la religión y la ciencia en base al sentido común y las sanas opiniones del hombre corriente. Por ello podrá ensalzar Mora cualidades morales como la 'bondad':

«¡Bondad! ¡Llama celeste, muy más pura  
Que estrepitoso y bárbaro heroísmo!  
Fuente de bienandanza y de dulzura,  
Flor deliciosa, adorno del abismo  
De la existencia humana, en ti procura,  
No en virtud transformada en fanatismo,  
No en saicrificios duros y crueles,  
Hallar mi ingenio humilde cuadros fieles».

(«Una madre», IV, I).

Después de esta serie de reflexiones tras la lectura de las *Leyendas Españolas*, nada mejor que hacer una síntesis de lo expuesto hasta el momento y constatar esas impresiones que han quedado en mi ánimo como verdaderas pautas para una más acertada lectura de la obra examinada. Puede que el resultado al que he llegado sea muy 'arriesgado', pero como siempre se ha dicho que la labor del crítico puede pecar de subjetivismo, vean en él —si así fuere— un exceso del mismo.

Si tenemos en cuenta —y nos apoyamos en ellos— los pedestales básicos para la formación ideológica-política de Mora, no nos asombrará ni llenará de estupor que pretenda conseguir con su obra un verdadero manifiesto político dirigido, en la misma línea del pacifismo de Scott, a los países 'sur-americanos', donde el ambiente político estaba muy enrarecido por los continuos derrocamientos y nuevas subidas de otros dirigentes al poder, aceptando, como principio básico, la independencia de las colonias de la Madre Patria, incluso viendo con buenos ojos la forma de gobierno —la



república— como única forma viable para unos países con determinadas circunstancias históricas. El afán por combatir las imposiciones de otros tipos de gobierno, no es más que el ejemplo que toda Europa les ha ofrecido: no desean verse gobernados por «extranjeros».

Las *Leyendas Españolas* podríamos considerarlas como un 'libro-panfletario'<sup>55</sup> que recoge toda una ideología política-literaria ya planteada por Larra en ese artículo citado sobre el «estado actual de la literatura», fechado en 1836 y que glosaré en estas últimas líneas para demostrar en qué me fundo para creer que estamos ante un manifiesto político, escondido en una obra literaria, válido sólo para los países recientemente emancipados y nunca para España.

Larra había dicho que la literatura debía ser «hija de la experiencia», ¿Y qué mejor experiencia político-social por la que ha pasado España y de la que Mora ha aprendido tanto? Ha de ser «estudiosa»: efectivamente, la base textual arranca siempre de una fuente histórica (*La España Sagrada*, del P. Flórez, la crónica *Alfonsi Sancti de Rebus Hispaniae Anacephaloeosis*, los *Comentarios*, del Marqués de San Felipe...) que nuestro autor indica en nota. Tenía que ser «analizadora filosófica», cosa que Mora deja reflejada en su obra hasta el grado de atacar un siglo que se jacta

«De doctrina analítica y exacta.  
Hipócritas, mentís; si la lumbreira  
Del saber no nos guía en la carrera  
Que a nuestros días el destino traza,  
Segura perdición nos amenaza.  
Sólo el saber refrena el fiero orgullo  
Del poderoso, y el letal murmullo  
De corrupción, sólo el saber acalla».

(«Hermijio y Gotona», vv. 441-449).<sup>56</sup>

55 Aunque el término 'panfleto' no está recogido por la R.A.E.L., lo utilizo por ser sumamente aclaratorio para el lector actual, aunque sin ver en él ningún valor peyorativo.

56 Según consta por el propio autor, la fuente histórica para construir esta leyenda fue *La España Sagrada*, del P. Flórez, tomo 19. Nos hemos de situar en el reinado de don Sancho Ordóñez, rey de Galicia, en donde reina la paz de todos

Por ello deben decirse las cosas de tal forma que el pueblo «ignorante» llegue a captarlas. Pero no pueden contentarse *ad aeternum* con un pueblo ignorante: su obligación es la de ilustrarlo, ya que es la base más potente en donde radica la fuerza de cualquier gobernante. Ve así la cuestión:

«Plebe ignorante, estúpida, vasalla,  
 Plebe que un falso resplandor deslumbra.  
 No es más que firme base, do se encumbra  
 La usurpación, de crímenes cubierta.  
 Lo que sus arterias desconcierta,  
 Lo que su desenfreno atroz reprime,  
 Nunca es más que el saber: prenda sublime.  
 Con que la eterna y poderosa mano,  
 Dulcifica la suerte del humano».

(Ibíd., vv. 449-458).

No importa el modo de expresión que se adopte para hacer estas reflexiones que conllevan la misión pedagógica: puede utilizarse para ello «la prosa o el verso». Sin embargo, Mora, para este tipo de comunicación prefiere el verso, ya que la prosa la utilizará para exponer «lo que el social comercio necesita / Lo que es obligación, lo que es tarea» («Don Opas», I, XLIV), reservando la versificación para los momentos en que «ni el poder con su fuerza me intimida» —dice— levantando su voz poética, con verdadero orgullo, con toda la carga política que conlleva, diciendo:

«... ni el temor del palo  
 me harán decir que es bueno lo que es malo».

(Ibíd., I, XLVIII).

---

los ciudadanos. Con la invasión musulmana esta tranquilidad viene perturbada ya que todos los hombres deben combatir contra el enemigo. Hermijio, buen artesano y fiel vasallo, es uno de ellos que, a pesar de derrotar a los enemigos, es herido y abandonado en un bosque, cerca de la casa de Gotona. Esta le recoge y le ayuda a recuperarse de sus heridas. Mientras, en la corte no se habla sino de la valentía de un joven desconocido que gracias a ella pudieron vencer. El rey pregunta quién es y Don Ero, obispo del reino, un tanto receloso, trata de ocultar que se trata de su sobrino. Leyenda dividida en cinco partes, compuesta toda ella en endecasílabos, con un total de 556 vv. en rima pareada.

En esta ocasión ataca duramente a aquellos escritores que cual «dulce cuadrúpedo» acuden al pesebre y comen lo que les diere el amo. Pero no se debe extrañar nadie ya

«Que así viven millones de individuos,  
Oficinas llenando y tribunales,  
Y comiendo gustosos los residuos  
Que arrojan sus patronos liberales.  
Siempre do sople la fortuna, asiduos,  
Siempre al poder sumisos y leales,  
Cuando de ser poder el poder cesa,  
Se quitan de su vista a la francesa».

(Ibídem, I, L).

¿Por qué no encontrar en estas frases la causa por la que José Joaquín emigrara al no aceptar unas imposiciones ideológicas y criticar, desde el ambiente americano, a unos hombres que se habían sometido al yugo del invasor? También, postulo ver que no podían ser dirigidas al pueblo español, sumergido, todavía, en los males que está criticando. Es mucho más factible pensar que fueron dirigidas a un pueblo que desea empezar a vivir en verdadera democracia, con la confianza puesta en que no cometa los mismos errores que había cometido la metrópoli. Ellos son jóvenes y podrán superar todos los obstáculos; ellos tienen una mente receptora capaz de asumir esa enseñanza, esa verdad que tanto José Joaquín de Mora y su propia esposa difundirán por las diversas *escuelas*, a veces creadas por ellos mismos. Así, se pueden considerar como auténticos «apóstoles» de la verdad, propagadores de una ideología arropada en el bello manto de la obra literaria. Es el único modo de poder difundir LA VERDAD y dar a conocer a los gobernantes tal «como son» y no «como deberían ser».

El camino no era fácil de andar ni se podía recorrer en poco tiempo. Para ello hace falta apoyarse en una tradición democrática de la que el pueblo 'sur-americano' carece, causa por la que estas repúblicas no podían estar en tan poco tiempo consolidadas. Lo que primordialmente debían combatir y controlar era la ambición de los militares, causa de la presente turbulencia. En todo gobierno la fuerza ha de residir en la ley, no en las bayonetas; en la voluntad

popular, no en la coacción. Y así lo expresa bellamente en estos versos:

«No el territorio inmenso, no es el brillo  
 De la esplendente pompa, ni el cuchillo  
 Siempre amenazador, lo que afianza,  
 Ni hace estable el poder. La bienandanza,  
 La paz, la dicha, la segura y fuerte  
 Protección, con que ampara al vulgo inerte  
 Mano piadosa y firme; y, más que todo,  
 Calor suave, que en humilde lodo,  
 Brotar hace la flor amable y pura:  
 Beneficencia, madre de ventura,  
 Fuente de amor y de placer, en eso  
 Consiste su vigor. Nunca el excaso  
 De irresistible autoridad arranca  
 Bendiciones al mísero, cual franca  
 Y activa la bondad, cuando desciende.  
 De la alta cumbre, y al humilde tiende,  
 De orgullo esenta, el ala protectora».

(«Zafadola», I, vv. 1-17).

Cierro estas reflexiones con ese gobernante ideal, utópico, que Mora busca para su patria. Es la única ocasión en la que expresa un deseo y no un hecho consumado del que se pueda extraer la enseñanza. Poco espacio es el que dedica a esa «reconstrucción» de España con la que soñó un liberal-romántico, al que no le quedó más remedio que pasar a ser un ecléctico:

«Mas del que reina en mi país aguardo  
 Temple español, castizo, puro, neto;  
 No exótico, no mixto, no bastardo,  
 Que hoy llaman el non plus de lo discreto;  
 Temple español, que luce por gallardo,  
 Por recto y franto; el que inspiró respeto  
 Y leyes dio a la España en otros días,  
 Y sometió pontentes monarquías».

(«Don Opas», II, CXI).

No tenemos que recordar que el gobierno que debe subir Mora a su regreso a España diferiría bastante de este ideal. Como español se siente profundamente avergonzado y como él todos nosotros, también hemos de sentir un intenso rubor al pensar que José Joaquín de Mora no ha ocupado, todavía, el lugar que le corresponde en el campo de la historia literaria española. Sírvannos palabras del propio Mora para cerrar estas páginas pues, como él, puedo decir que

«La historia que refiero es noble, y vasta». <sup>57</sup>

---

57 Han quedado sin mencionar las siguientes leyendas:

«La bordadora de Granada». Leyenda dividida en dos partes y escrita en octavas (u octavillas), con un número de versos de 144 y 184, respectivamente. Ambientada en la corte de los Reyes Católicos, momentos antes de conquistar Granada. Narra cómo una mora se entrega a un desconocido al que descubrirá su amado y le intentará matar. Este falla y quien muere es el verdadero enamorado. Al final esta buena bordadora es llevada en presencia de la reina y don Gonzalo de Córdoba.

«El boticario de Zamora». Su protagonista, Ben-Jusef, viene descrito como el perfecto judío: prestamista y algo de hechicero. Un día vino a consultarle el 'alcaide' de Zamora sobre si se podía casar sin miedo a un ataque enemigo. El le dice que lo haga esa misma noche y, precisamente, esa noche atacan. Al día siguiente Ben-Jusef aparece colgado en su farmacia. Escrita en octavas (u octavillas), con un total de 120 vv.

«La batalla de Fraga». Leyenda dividida en XV apartados, con un total de 658 vv., endecasílabos; se ambienta en los reinados de Alfonso VII de Castilla y Alfonso I de Aragón. Entre las diversas batallas que se mencionan está la que da título a la leyenda: don Alfonso ataca al rey moro de Valencia y Murcia, Abengama, siendo éste derrotado, por lo que tiene que refugiarse en el castillo de Fraga. Allí se dará la gran batalla donde morirán antes de hambre y sed que a causa de las armas.

«Don Lope». Se describe una batalla entre las huestes de don Fernando y Mutali de Marruecos. Entre los caballeros cristianos está don Lope, que se empeña hasta el final de su vida por vengarse del ultraje que ha recibido en la persona de su hermana por parte de este moro. Componen esta leyenda un total de XXII estrofas de ocho versos y de siete sílabas cada uno.